

## capítulo

# 8

Carlos se alejaba del grupo y se aferraba a aquel ser que habitaba dentro de Teresa, era suyo y lucharía por su libertad. El vientre crecía a la vez que su angustia por las reflexiones, devaneos y miedos, acerca del destino de su hijo, pero nada comparables con lo que sintió cuando Teresa desapareció.

La buscó, desesperadamente, a hurtadillas día y noche, arrastrándose para no ser visto, con los ojos desorbitados y el corazón desencajado pero manteniendo la eterna y necia sonrisa de sus compañeros.

Debía de haber amanecido, cuando dio con su paradero. Presentía que su hijo había nacido y temía que se lo arrebataran. Pasó largas horas escondido en la zona de los bebés, que estaba en los sótanos cerca de la imprenta. Al cabo de mucho tiempo. Salió una mujer que llevaba en sus brazos a dos recién nacidos. La siguió con la mirada y la vio entrar en el cuarto contiguo, que siempre permanecía cerrado. Al abrir la puerta, pudo ver, entre otras mujeres, a

Teresa, dando el pecho a un bebé envuelto en una toquilla azul celeste, repleta de estrellas doradas. Rápidamente se llevó la mano a la boca para retener un vómito, aquel paño que cubría al niño era una réplica de la “Cúpula Sagrada”. En ese momento supo que sus miedos se habían cumplido y que el desprecio le estaba esperando.

Al cabo de diez minutos, la misma mujer salió – está vez solo con un bebé en sus brazos-. El corazón le dio un vuelco y por ello supo que era su hijo. Carlos le cortó el paso, interponiéndose en su camino. ¡Espere, por favor! –le dijo apartando la ropa para intentar ver al bebé- ¡Déjeme verlo! –Insistió, intentando de nuevo retirar la toquilla- ¡Soy su padre! –se oyó la voz del corazón de Carlos al ver la marca del angioma en el cuello del recién nacido- ¡Quítese de en medio! –le dijo la mujer, empujándolo- ¡Está loco! ¡Esta niña pertenece al Gran Padre! Carlos la siguió y, escondido, vio cómo la ponían en un canastillo al lado de otros niños.

Era una niña... *Pertenecía al Gran Padre... Pertenecía al Gran Padre...* Resonaba machaconamente en su cabeza. Esas palabras..., esas palabras le laceraron y le empujaron brutalmente al que parecía el despegue definitivo. La cobardía que en ese momento le obligó a alejarse pronto se transformó en coraje, la humillación en orgullo y el cariño que profesaba por esa criatura –de cara redonda y sonrosada, de nariz chata y de ojos grises- en el motor de su vida.

Una vez en casa, Javier intentó calmarse a sí mismo del nerviosismo que se apoderaba de él, mezcla de alegría, incertidumbre y dudas sobre su capacidad. Una amalgama de las innumerables miles de hojas leídas se agolpaban en su mente. Sentía que no había asimilado nada de lo que había estudiado. Temía confundir todo. Tanta preocupación le estaba bloqueando. Sus conocimientos se borraban y se desordenaban a su antojo. Fracasaré -se atormentaba mientras cogía de nuevo sus libros y sus notas-. Leyó DESPROGRAMACIÓN. “Necesito centrarme” –se dijo- “Volveré a leer todo lo que tengo anotado y subrayado”

Sentándose, comenzó a leer el primer libro, que tuvo en las manos cuando todo esto comenzó y que tanto le había ayudado.

En su ya cotidiana reunión con Rosario y José quedaron en que lo primero que haría Javier sería encargarse de que Carlos fuera recibiendo continuos mensajes que le hicieran recapacitar. Consideraron que eran los pasos preliminares a dar a su relavado de cerebro, ya que ahora tenían que hacer el proceso inverso: borrar todo aquello que bloqueaba la entrada a su mente, a su memoria, a su inteligencia, a su persona.

Mientras Javier intentaba buscar alguna luz por donde encauzar sus agolpados conocimientos, Carlos no dejaba de preguntarse acerca del destino que correría su hija.

Continuaba recibiendo esos flashes rápidos. Seguía sin comprender su significado. No eran nítidos pero allí había algo; amor, cariño, no sabía el qué. Carlos se apegaba a esas imágenes. Intentaba buscar en sus recuerdos. Seguía sin poder recordar. Una sombra negra y a la vez protectora, que le inspiraba paz, estaba dentro de él, semejante a un espíritu sin cuerpo, a un alma grande que desprendía y le daba calor en ese mundo tan frío. Tenía que atrapar a ese espíritu. Lo necesitaba.

Diariamente iba a asomarse, sin ser visto, por la ventana del patio que daba a la sala donde estaban los pequeños; había muchos, puede que una treintena. Un día vio al Gran Padre dar una paliza a uno de ellos que apenas tendría cuatro años. Cuando acabó, citó las mismas palabras de la Biblia que había leído en sus manuales, dirigiéndose a los adultos: *El que retiene la vara, a su hijo aborrece; el que lo ama, desde temprano lo disciplina.* Y después mandó meterle debajo de una ducha fría durante media hora. Ese era uno de tantos y tantos castigos a los que eran sometidos los niños y que tantas veces Carlos había visto ejecutar no sólo sin sentir lo más mínimo, sino al contrario, aplaudiendo la exquisita educación que se les impartía.

Y ahora ya no le gustaba. No podría soportar que a su hija la trataran así. Tenía miedo. Tenía que sacarla de allí pero no era fácil escapar con ella. Todo estaba atado, estudiado minuciosamente, el entrama-

do era perfecto y escapar de aquella tela de araña era tarea ardua y peligrosa.

Tenía que escapar, -se repetía- presentía que estaba en peligro. Sólo hallaba consuelo en ese sueño que conscientemente recordaba noche tras noche para provocar su repetición. Se acostaba pensando en él y a través del recuerdo conseguía su llegada, lo controlaba unos momentos hasta que el cansancio se le apoderaba y era cuando capturaba las imágenes para continuarlo y dar rienda suelta a la imaginación. Sentía y valoraba la libertad que surgía con esas vivencias. Dudaba si se trataba de un sueño o de una añoranza. Cada vez creía saber algo más de su dulce dama, pero en sus sueños seguía apareciendo sin rostro.

Apenas dormía. Sus horas de sueño eran muy escasas e interrumpidas, una a dos veces, cada noche y desde que había empezado con tantas y tantas dudas el sueño se había reducido todavía más. Estaba realmente agotado.

Por más que intentaba alargar el estado de vigilia para poder tranquilamente enfrentarse a los acontecimientos, llegaba un momento en que los párpados se cerraban solos. Inconscientemente y el sueño se abría paso sin percibirlo y sin poder evitarlo.

Aquella noche se presentaba como una de tantas y, por supuesto, se volvió a repetir su sueño. Se acercaba a aquella mujer rubia, que le transmitía -noche tras noche- serenidad. Al principio no se distinguía

de los sueños anteriores; las caricias, los besos..., pero, de repente, tras el fuerte abrazo que como siempre le trasmitía bienestar, apartó su cara y pudo ver su cuello; tenía una mancha como la suya. Era su madre.

-¡Mamá! ¡Mamá! empezó a repetir entre sollozos. ¡Mamá! ¡Mamá!, pero su voz no se podía oír. El miedo le bloqueaba e impedía que el sonido saliera al exterior. Desde lo más profundo de su cuerpo resurgió aquel niño que en todo adulto se esconde. Un niño lleno de temores y miedos que no descansa hasta encontrar un apoyo.

El sueño se adueño de él. Se asomó por los poros de su piel y el sudor empapó su cuerpo.

La gran barrera mental se desmoronó y le despertó. Con nitidez, pudo contemplar todo lo que sucedió aquel día tan olvidado y que siempre intentó recordar. Se sintió espectador de su propia vida. Fue como si una tercera persona le proyectara, escena a escena, la película de aquel día. Vio lo que pasó en la sala de la "Cúpula Sagrada". Volvió a ver la cara del gran líder reflejada en el espejo. Estaba contemplando su propia violación. Por fin recordaba y esta vez no volvieron los vómitos. Él, controlaba sus pensamientos.

Su lucha interna iba en aumento, sentimientos desconocidos le asaltaban; ira, venganza, impotencia. Volvió a sentir sensaciones que le habían sido anuladas desde que entró a formar parte de aquel grupo y que toda persona posee, simplemente por el hecho de serlo.

Desde aquel momento comenzó a observar. Lo que antes aceptaba sin analizar ahora lo rechazaba y mucho de lo que veía le resultaba repulsivo. No sabía qué le pasaba. Su situación le hacía cuestionarse sus propias dudas. Y sobre todo, se preguntaba, quién era él para juzgar constantemente al Gran Padre.

Imágenes lejanas –borradas hasta ahora- se le agolpaban. Iban y venían recuerdos. Como si se le hubiera activado en su cerebro la zona de la memoria que había permanecido dormida. Se sorprendía al oír, repetidamente, sus lamentos. Cuantos más recuerdos, más dolor.

Su vida se convirtió en un tormento. Los incessantes pensamientos le bombardeaban, provocándole fuertes y continuos dolores de cabeza. A la vez la angustia y la culpabilidad le hacían pensar obsesivamente en sacar de ahí a su hija. Le dolían las entrañas sobre todo cuando pensaba en Ismael. ¡Ismael!. Ese nombre palpitaba en su corazón. La imagen de aquel bebé le golpeaba el alma como el granizo.

Cuando llegó por fin la hora de acostarse, Carlos se fue a la cama, como ya era costumbre en él, completamente agotado. Nadie notó nada fuera de lo normal, pero Carlos no era el mismo, había empezado a ser persona y esta noche algo le había hecho dar un giro acertado a su vida.

Antes, el agotamiento físico le hacía dormir. Jamás usaba su mente, nunca pensaba. La cama significaba para él un vacío, un dejar la mente en blanco, como casi todo el resto del día. Pero ahora deseaba que llegara la hora de acostarse para estar tranquilo y poder ordenar los pensamientos que, confusos y hasta caóticos, bullían en su cabeza.

Carlos se encontraba trabajando, como siempre de espaldas a sus compañeros, inclinado hacia adelante para que sus manos, negras por la tinta, manejaran las palancas de *a Minerva*, situadas casi a la altura de sus rodillas. Tenía problemas con el papel, estaba trabajando con unas láminas muy gruesas. Doscientos cincuenta gramos eran demasiado para que los *chupones* pudieran succionar la lámina, y, si lo lograban, el *aspa* no podía colocarla bien entre el *tímpano* y el *molde*. La lámina se caía y la impresión salía descuadrada. La atención prestada y el ruido de la máquina le impidieron oír lo que sucedía detrás de él. El compañero más joven, Daniel, que se encontraba, en *la guillotina*, cortando papel, había sufrido un accidente.

La continua falta de comunicación le hacía ensimismarse plenamente en su trabajo. Siguió ajeno a lo que ocurría hasta que el papel de la *bandeja* se terminó y se vio obligado a detener la impresión con intención de acercarse a la *pila de papel* y reponerlo.

-¡Cógelo de los hombros! ¡Sujétale la cabeza!

-¿Qué ocurre? ¿Necesitáis ayuda? ¿Qué ha pasado? —preguntó mientras contemplaba la escena. Tres personas levantaban el cuerpo del chaval; el compañero de *la troqueladora*, el transportista y un chico con bata blanca que solía ver a menudo en la sala de los bebés. Daniel estaba en el suelo, no se movía, había sangre, mucha sangre, que manaba de su mano derecha ya que todos sus dedos, excepto el pulgar, habían perdido las dos primeras falanges.

Aquella máquina tenía la culpa, no era automática —lo que hubiera evitado el corte, ya que, para accionar la cuchilla necesitaba que los dos botones fueran apretados, a la vez, con ambas manos.

Daniel debió marearse en el mismo momento en que su mano izquierda accionó la palanca para cortar el papel. Cayó hacia adelante golpeándose la frente con el enorme volante de hierro de la máquina y, a la vez, sin control, su mano resbaló hacia el interior de la mesa, quedando sus dedos debajo de la cuchilla en el momento que ésta bajaba.

Reconoció al transportista. Solía ir, a menudo, a cargar el material y, hoy, lo estaba esperando pero no le había oído llegar.

-¡Por favor! —dijo dirigiéndose a Carlos — prepare el material que tengo que llevarme mientras les ayudo a trasladarlo a la enfermería. ¡Vuelvo enseguida!

-Claro —respondió atónito— mientras los veía alejarse.

Volvió sobre sus pasos para apilar las cajas de libros que tenía que cargar, cuando se dio cuenta de que estaba solo. Era la primera vez que no había nadie a su alrededor y su hija se encontraba a tan solo tres puertas más allá. Había llegado el momento. Miró a todos los lados, buscando algo. Los segundos le parecieron horas. No podía perder tiempo pero tenía que dejar de sentir esa angustia. ¡Tenía que pensar! Tomó aire, inspiró profundamente y lo soltó pausadamente como le habían enseñado en sus clases.

Vio las cajas de libros. Tenía que ser en una de ellas. Cogió una igual a las que tenía que llevarse. La abrió. Depositó unas láminas de papel y encima unos paños limpios que tenían para frotar las planchas. Fue a la estantería y retiró los botes de pinturas hasta que encontró una caja de madera. La abrió y sacó las pruebas de impresión y desencajó la tabla que hacía de doble fondo. Allí estaba todo, todo lo que había preparado; anestesia, bolsas., no había tiempo para pensar, era inmediato, cogió el cloroformo y un punzón y salió corriendo.

No había nadie, se oían voces al final del pasillo, pero fuera de su visión, estaban atendiendo al herido. Desde la cristalera se veían las cunas alineadas, eran

todas iguales, se dirigió a la puerta y sacó el punzón para forzar la cerradura, pero no hizo falta; la puerta estaba abierta. Notaba aumentar la fuerza de los latidos de su corazón, al igual que el miedo que le provocaba aquella situación, el temblor de sus piernas bloqueaba su huída y el de sus manos que temían que su propio error hiciera daño a su hija. Enseguida la localizó; era la de la tercera cuna - afortunadamente su cabeza estaba ladeada y dejaba ver claramente la mancha de su cuello-. El tiempo apremiaba. Impregnó el trapo en cloroformo y con una decisión aplastante, dirigida por el pánico, lo presionó contra la cara de su pequeña, mientras le tapaba los ojos con la otra mano. Unas sacudidas violentas retorcieron su cuerpo y con la misma intensidad que aparecieron desaparecieron, fue cuando volvió a oír de nuevo sus latidos, cuando se dio cuenta de que habían permanecido parados. Tomó en sus manos el cuerpo inerte de la niña, desvanecida como una muñeca de trapo. Parecía sin vida. Sus ojos se clavaron en ella, en el dolor del recuerdo, del recuerdo de su primera paternidad, del remordimiento, al ver en aquel bebé la cara de su hijo Ismael. Le abofeteó el dolor de la culpa: la inmovilidad de la niña le trajo la imagen de Ismael muerto. Hasta que la manta, delgada y vieja que la cubría resbaló por el brazo derecho de Carlos, y fue aquel leve contacto con el movimiento lo que le hizo volver a la realidad y darse cuenta de que no podía bloquearse y que la memoria de Ismael debía darle coraje para liberar a su hermana. Cambió unas

cunas de sitio, empujó la que había dejado vacía hacia atrás para intentar que no notaran su ausencia; Así ganaría tiempo.

Con la niña, apretada contra su pecho, salió dejando la puerta entreabierta como se la había encontrado. Las voces se oían cada vez más cerca. Estaban regresando.

Parecía que nunca podría alcanzar la puerta de la imprenta. Luchó contra la resistencia que le ofrecían sus piernas y, de pronto, la distancia se acortó. Cruzó el umbral y empujó la puerta con el pie. Corrió hacia la caja que había preparado. La puerta se volvió a abrir. Carlos, de espaldas, sin mirar, dobló las piernas, intentando tapar el cuerpo de su hija con el suyo y la depositó dentro de la caja.

-¿Qué tengo que cargar? —oyó la voz del transportista, demasiado cerca, casi en su oído.

-Estas cajas, por favor. Sería tan amable de alcanzarme esa carretilla —se la señaló con el dedo para conseguir alejarlo de allí.

La caja seguía abierta y la niña quedaba a la vista.

-¿Qué carretilla? —preguntó girándose hacia la caja- Aquella de la pared le indicó Carlos, interponiéndose entre ambos.

Pocos metros distaban de la carretilla, lo que significaba que volvería enseguida. Cerró las solapas de la caja; antes de sellarla ya había vuelto.

Empezó a apilar las cajas de cinco en cinco. Cómo cogiera la de la niña notaría la diferencia, y, si la apilaban en medio, moriría aplastada. El otro compañero que había vuelto se acercó para ayudarles; las carretillas iban y venían deprisa, las manos merodeaban cerca de la caja... y si la cogían, la pequeña moriría. Por fin pudo empujarla con el pie y retirarla para dejarla un poco más atrás.

-Sólo queda una carretilla —le dijo Carlos cuando se iba con la otra a descargarla- ya no vuelva, yo me encargo de cargarla y se la llevo al camión.

-De acuerdo, ¡hasta otra! —se despidió del otro compañero- espero que no sea nada lo del chaval —añadió.

- Gracias. ¿Qué hay aquí? —oyó la voz de su compañero, apenas el transportista había salido de la imprenta, que cogía la caja y la dejaba en el mostrador para examinarla.

Era su caja, la tenía entre las manos, la iba a descubrir. Carlos fue hacia ella, la tomó en las manos y le dijo; “espera que esa caja es para llevarla al almacén. Voy a llevarla ahora mismo”. En aquél mismo momento vio que su plan de huir en el camión, había fracasado. Salió con la caja y al ver que no había nadie en el cuarto de las cunas —mientras podía oír que el cuidador seguía en el pasillo hablando—, entró rápidamente, sacó a su hija, todavía inconsciente y volvió a dejarla en su cuna que colocó rápidamente en el mismo lugar.

Con la mirada triste y baja salió al pasillo. Pisó con rabia la caja para aplastarla y la introdujo en el contenedor de papel que había al lado del corrillo donde se encontraba hablando el cuidador de los bebés. Volvió sobre sus pasos, sin mirar a los niños.

-¡Vamos! ¡Qué tengo mucha prisa! -protestó el transportista que volvía a estar a su lado, agachándose para cargar las cajas del suelo. Esta es la última -dijo Carlos, colocándola encima.

Giró la carretilla tan bruscamente que desalineó las cajas.

-No hace falta que venga. Conozco la salida.

-Sí, le acompañaré y así recogeré la carretilla.

Salieron a paso rápido y pudo ver al cuidador, que había ayudado a transportar a su compañero a la enfermería. Él también había vuelto a su puesto. Bajó la cabeza y continuó al lado del transportista, que empujaba la carretilla sin la más mínima delicadeza.

Aquella noche el sueño se olvidó de él y sus párpados sólo se cerraron para acariciar sus lágrimas.

A la mañana siguiente Carlos, sin haber podido dormir, vencido por el fracaso, arrastró su cuerpo pa-

ra acudir, como cada día, a la oficina y allí...rompió su silencio. El dolor y la impotencia le acercaron al pasado y volvió a confiar en su compañero Javier. Le contó lo sucedido. Tuvieron una conversación larga, muy larga. Varias horas estuvieron hablando con el consentimiento silencioso de Manuel, quien sólo veía a través del cristal que les separaba caras tristes, ojos llorosos.

Hacía mucho tiempo, casi dos años que aquello no ocurría, entre ellos, sólo se oían los monosílabos de la cortesía; gracias, por favor, saludos y despedidas habían sido las únicas palabras que Carlos dejaba salir de su garganta. Ahora Manuel se preguntaba qué había ocurrido para ese cambio. Le hubiera gustado intervenir, ser testigo de la evolución de Carlos pero sus principios le hicieron mantenerse al margen y confiar en que Javier no confundiera el camino.

Temía que las respuestas de Carlos y sus interpretaciones le llevaran de nuevo al rechazo. La cautela frenaba el deseo de atraerlo. Solo ellos, sólo los dos, fueron testigos del cambio tan brutalmente inesperado que surgió en Carlos.

Javier tenía que seguir estudiando y contactando con personas que le pudieran asesorar. No quería que nadie se interpusiera todavía entre Carlos y él.

Tenía miedo de que se diera cuenta y lo echara todo a perder. Pero había entablado buenos contactos, entre ellos contaba con un psicólogo, un desprogramador, y empezaba a conocer a ex sectarios. Los eslabones de la cadena iban aumentando, cada vez que conocía a una persona involucrada en el tema, le llevaba a conocer a otros. Los ex sectarios, que conoció, eran estupendos y muy dispuestos a ayudarlo. Pero Javier no quería engañarse; sabía que no era fácil y que cada caso era un mundo.

Los padres de Carlos estaban cerca de él. Seguían asesorándose concienzudamente y manteniéndose al margen -confiando plenamente en Javier-. Por toda la casa se veían libros y anotaciones. Lo único que tenían claro era su postura; le ayudarían desde fuera -como lo venían haciendo hasta ahora- pues Javier tenía que ser el único intermediario, la única persona que, de momento, debía acercarse a Carlos. Y... afortunadamente, el casero prorrogó el contrato de alquiler. Parecía que la vida empezaba a hacerles algún guiño.

Hacía ya mucho tiempo que las reuniones en casa de Javier no se limitaban a los lunes. Cada vez se fueron juntando con más asiduidad; las reuniones eran fructíferas, los temas se iban ampliando, el mundo de las sectas era complejo y su tiempo escaso. Había mucho trabajo por hacer. Por la tarde, a veces bien entrada la noche, cuando Javier volvía a casa, pasaban horas y horas -los tres- leyendo en voz alta libros

en común y en voz baja cada uno para sí, textos que luego comentaban. Así mismo asistían, los tres, a las sesiones del psicólogo.

Javier se había obsesionado tanto con el tema de las sectas, que se había convertido en un experto. Entre los contactos que realizó contaba con algún familiar de afectados a los que también intentaba ayudar.

Con frecuencia le asaltaban los relatos tormentosos, aterradores que había leído a lo largo de estos meses; bien por encontrarlos de nuevo en los textos o porque volvían a su mente, debido al fuerte impacto que le produjo al leerlo.

Desde aquel día que mantuvo la conversación con Javier. Carlos experimentó un gran cambio, en la oficina hablaba continuamente con él. El trabajo empezaba a salir, poco a poco volvía a tener calidad.

La jornada de Javier era dura. Pero la fuerza de la ilusión movía sus esperanzas y confiaba en que el sol empezara a brillar. Trabajaba en la oficina más de diez horas. En cuánto salía se iba al observatorio y al atardecer, como estaba cerca de la playa, por el acantilado, bajaba al mar y dejaba reposar sus vivencias. En la esperanza de que, aunando posos, resurgiera de nuevo el Carlos que él había conocido.

Los prismáticos le desvelaban rostros pero ocultaban –inteligentemente– sus sentimientos. Ningún cambio se había producido en la nave.

Javier, a pesar de haber empezado a confiar en Carlos, seguía sin poder soportar verlo cerca de Teresa y, para bien o para mal, empezó a verlos muy a menudo juntos- quizá demasiado.

-Bebe, bebe, un poco más... Carlos, bebe más...

Y obedeciendo siguió bebiendo y, cada vez más entregado, se dejó llevar. No se pudo resistir a la magia del brebaje, ni al encanto del ritual. Aquel día se dejó seducir, se entregó al gozo y se dejó atrapar por la "Cúpula Sagrada".

Al despertar no recordaba ni cuánto había dormido ni cuánto tiempo había estado allí. Ni recordó los vómitos ni tampoco ellos se acordaron de él. Y parece, también, que la venganza había decidido cambiarse por el placer.

# capítulo 9

-Teresa, espera –le dijo Carlos tocándole el hombro. Teresa se paró y se volvió hacia él.- Quiero pedirte algo.

- Dime, Carlos.

- ¿Me podrías grabar los cánticos o pedirle al Gran Maestro una copia para poder escucharlos mientras trabajo?

- Creo que no habrá problema. ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes eso? Con lo mal que has llevado ese tema.

- Gracias, Teresa –le dijo acariciándole la mejilla.

No tuvo que esperar. Aquella misma tarde se lo entregó. Y al día siguiente sus labios no descansaron ni un segundo, repetían una y otra vez, incansablemente, las oraciones. Sus pensamientos se quietaron y su tormento, poco a poco, desapareció.

Javier seguía observando su cambio, era evidente que se había generado. Pero la expresión de Carlos

seguía dando miedo, se parecía, de nuevo, otra vez, al resto de los sectarios.

Las dudas que empezaron a despertar con tanta fuerza en Carlos se desvanecieron rápidamente, habían desaparecido. Todos fueron testigos de cómo la admiración, que siempre había tenido hacía el Gran Maestro resurgía desmesuradamente. Empezaba a convertirse en devoción.

-Siempre he echado de menos los cánticos. Tú bien sabes, Teresa, que era lo que peor llevaba de trabajar en la imprenta. Te agradezco, y no sabes cuánto, que me hayas conseguido la grabación. Con ella puedo oírlos y repetirlos pero...

-¿Qué más necesitas ahora? -le contestó Teresa no muy afable.

-Siento de veras volver a pedirte otro favor, pero lo hago porque me sigo sintiendo vacío. Necesito la fuerza del grupo. ¿Puedes, por favor, interceder por mí ante el Gran Padre para que me permita, al menos alguna hora al día, trabajar en otro lugar para poder cantar?

-Veré qué puedo hacer.

-Gracias, Teresa -levantó la voz para llamar su atención-. Estaré esperándote cuando acabes tu turno.

La voz de Carlos era grave y su oído musical llamaba la atención no solo a sus compañeros, sino que también al maestro le había cautivado. Nunca sabría si Teresa fue la que lo consiguió -aunque siempre se lo agradeció- o si la suerte estuvo en estar tan cercana la convivencia regional bianual. Pero su solicitud no sólo había sido oída sino que fue requerido inmediatamente para estar al lado del Maestro y entonar los cánticos junto al coro celestial.

Ese mismo día volvió a entrar en la “Cúpula Sagrada”, los ángeles volvieron a darle de beber el brebaje mágico. Bebió y bebió y bebió... La música sonaba y los peces bailaban al ser desnudado por los ángeles y al ser acariciado por sus besos. La llegada del Maestro envuelto en una túnica dorada fue deslumbrante, la imagen del oro resbalando por sus hombros hizo brillar los ojos de Carlos que se situó delante de él aguardando impacientemente ser penetrado y parecía retener los impulsos de hacerlo él. Esta vez la imagen reflejada en el espejo le hizo jadear y se entregó a él como nunca recordaba haberlo hecho con nadie.

Carlos sembraba esperanza, de sus ojos salían destellos, ráfagas de alegría, efluvios de vida. Transmitía seguridad y firmeza. El tormento había pasado, sin dejar huella. Aquel bloqueo, afortunadamente, había sido pasajero. Ahora no solo disfrutaba sexualmente de su Maestro sino que se había convertido en

un discípulo perfecto, las ansias de aprender le agradaban al Gran Padre, quien, satisfecho, le transmitía incansablemente enseñanzas que le calaban rápidamente. Le demostraba diariamente la inexistencia de dudas, acataba las órdenes tan perfectamente que muchas veces se adelantaba a recibirlas. Sabía en cada momento lo que el Maestro deseaba y este veía como Carlos daba pasos firmes hacia la perfección.

Volvía a estar cerca de sus hermanos. Teresa había temido perderlo, pasaba demasiado tiempo fuera del edificio, expuesto al peligro del exterior. Pero, por suerte, todo había acabado. Se alegró de no habersele comunicado —como era su intención— al Gran Maestro ya que ahora los lazos con sus hermanos no podían ser más estrechos. Tenía tiempo para todos. E iba a verla, como lo hacía antes, a la sala de infantiles —donde trabajaba—. La miraba y aplaudía su trabajo. Le gustaba la rigidez en la enseñanza, había vuelto a ser el de antes pero mucho más preparado. Tenía ganas de aprender, ansias de mejorar y deseos de compartir.

Siempre se había quejado del aislamiento que le producía la imprenta y era ahora, cuando Teresa se daba cuenta de que fue la causa de su distanciamiento. Afortunadamente, Carlos era inteligente —se decía Teresa— y supo verlo, pedir ayuda y escapar a tiempo. Le decía que el aislamiento de la imprenta le había dañado, pero que ahora, gracias a ella, todo había terminado y podía pasar todo el tiempo cerca del Maestro.

Con frecuencia bajaba a la sala de los infantiles a recoger a algún niño que era solicitado por el Gran Padre y que Carlos durante el trayecto seguía educando con una rectitud ejemplar. Los pequeños estaban en un cuarto sin ventilación; les cambiaban el pañal cada tres o cuatro días provocándoles irritaciones que les hacía llorar amargamente. Gritos que soportaban orgullosos los adultos porque sabían que era mera educación. La alimentación era escasa, los mayorcitos se mantenían con un vaso de arroz y poco más; el ayuno les mantenía alertos y les hacía aprender, rápidamente, que la maldad y el peligro de la sociedad estaban afuera. Allí se les enseñaba y se les protegía y por eso no salían al exterior excepto en los casos estrictamente necesarios -impuestos por el líder- para realizar algún trabajo en el exterior; como la “predicación”; era como ellos llamaban a la venta de libros.

El Maestro, de vez en cuando, también le mandaba recoger de la sala de los bebés a alguno. Pero Carlos no elegía, le daba igual uno que otro. El Maestro le había enseñado que todos eran iguales, todos eran hijos del Gran Padre. Por eso hacía tiempo que había dejado de mirar a la suya.

Javier tenía que ser cauteloso, mimaba el silencio, sabía que el tiempo era necesario, todo debía suceder lentamente. Las prisas sólo acarrearían proble-

mas. Pensaba que Carlos tenía que meditar, había que darle pocos mensajes; cortos y contundentes, como los que estaba acostumbrado a recibir. Hacía mucho tiempo que no ejercitaba su mente y no podía pretender que lo hiciera ahora. Podría volver a bloquearse o desordenarse para siempre.

Seguía documentándose. A menudo irrumpían en su mente escenas o relatos escalofriantes que había leído. Quizá el más espantoso de todos los cientos que había leído. El más significativo, el que gráficamente explicaba el límite de la despersonalización de un ser humano, era el que sucedió en 1973 en un barrio de Madrid, donde un policía secreta, que se había infiltrado en una secta para esclarecer un caso, fue tan rápidamente captado por ellos y sufrió tal despersonalización que un día estrelló a su hija de pocos meses de edad contra el asfalto para salvarla y así - como decía él- "alcanzara la luz divina". Cuando ayudado consiguió salir de la secta y, con el tiempo se recuperó no pudo afrontar su parricidio y se suicidó. Este relato debió impactar a más de un autor, pues Javier lo vio recogido en varios libros.

Se preguntaba cómo era posible que un policía que había entrado conscientemente en la secta para investigar un caso, una persona preparada, sabiendo a dónde iba y con lo que podía encontrar, hubiera sido captado tan rápidamente. Cómo habían podido despersonalizarlo así para convertirlo en el asesino de su hija, por la que sentía tanto amor.

Pero no tardaría mucho en sentir aquella captación en sus propias carnes. Un día, por supuesto no casual, sino que ya tocaba en su minuciosa investigación- se enteró de que la nave, una vez al año, abría las puertas al público para ofrecer un espectáculo cultural extraordinario.

Una vez controlada la emoción que le produjo saber que iba a ver el interior del edificio donde se encontraba su amigo, empezó a ponerse nervioso, muy nervioso. Temía no estar a la altura de las circunstancias. Cerró con llave la puerta y se puso en camino.

A las siete de la tarde de aquél dieciocho de agosto, entraba por primera vez en el entramado del dolor. Compró el ticket a una de las muchas jóvenes que desplegadas en abanico cubrían la fachada de la nave –no sin antes buscar con temor la presencia de Carlos o de Teresa- pero afortunadamente no los vio. No podían estar, ya que –como más tarde comprobaría- formaban parte del alma del espectáculo.

Javier se escabulló entre los asistentes y se sentó detrás de un grupo muy numeroso. Un sudor nervioso le acompañó, hasta que se apagaron las luces de la sala y solo entonces decidió abandonarlo para dar paso a la actuación.

El coro envolvió el recinto, voces angelicales entonaron preciosas melodías que cautivaron al público. El coro quedó atenuado y débilmente iluminado para ceder el protagonismo a la danza. Una danza conocida entre las sectas. Una danza que embrujaba.

El baile le atrapó y allí sintió la grandeza del espíritu, la armonía de la más bella danzante —no reconoció a Teresa—, que con un brazo levantado, apuntaba la palma de esa mano hacía el cielo y parecía sostenerlo. La palma de la otra, abajo, con el brazo estirado —en horizontal al suelo—, contactaba con la tierra; giraba, giraba, giraba con una armonía realmente extraordinaria.

La muchacha parecía entrar en trance, la mirada interiorizada y replegada en sí misma, transmitía serenidad.

Habían transcurrido más de diez minutos girando y arrebatando los corazones de los asistentes, cuando se le unió un danzante.

Sólo un pequeño sonido salió de la garganta de Javier. Con gran agilidad supo reprimir, presionando su boca con su mano, el chillido que quiso salir de su garganta, al ver que se trataba de Carlos. Quién extasiado, dejó que la magia inundara su espíritu y arrastrara su cuerpo. Giró y giró como una peonza sintiéndose un hombre alado —como Mercurio— ligero y en perfecta unidad con el cosmos, con la divinidad. En cada nuevo giro Javier sentía la armonía y la belleza del cuerpo de Carlos. Contempló con sus propios

ojos su felicidad, a la vez que notó que aquel ser que transmitía tanta quietud no era el amigo que conocía. El bailarín que, elegantemente, danzaba, ante sus ojos, tenía idéntica expresión que el resto de los que estaban en el escenario.

Sin saber cómo, en tan solo dos horas, el rechazo se tornó en belleza. Pudo ser testigo de la felicidad de los danzantes y se sintió arrastrado -como muchos de los presentes que contemplaron ensimismados - a aceptar la oferta de asistir a los cursos.

El pánico borró la belleza y la sola idea de pensar un segundo en aceptar la invitación a los cursos, le aterró. Una fuerza extraña le empujaba hacia la nave. Sentía deseos de abrazar a Carlos, de empaparse de su serenidad, de quedarse con él. Se abrió, atropelladamente, paso entre los asistentes, que se apelotonaban por conseguir plaza y poder asistir a las clases gratuitas de aquella extraña danza que les ofrecían. Y sin más preámbulos salió rápidamente a la calle.

Los días pasaron lentamente. Tenían que esperar y dejaron que transcurriera la vida. Días largos, pesados, angustiosos -que malamente se rendían a desaparecer- hicieron posible que las hojas del calendario fueran pasando y cada hoja que caía arrastrando sus días, sus semanas y su mes, le traía a Rosario y a

José nuevas añoranzas, vivencias perdidas, recuerdos robados que volvían a recobrar pensando en el fracaso en la relación de Carlos con Teresa. Pensaban que los ocasos terminarían pronto para dar paso a los amaneceres y por fin poder ver el sol.

Pero en la nave todo era distinto, a medida que, Carlos parecía abrir los ojos ante Javier, se iba cerrando su alma y crecía el distanciamiento y la frialdad a la vez que se estrechaba su relación con Teresa.

Manténía largas conversaciones con ella. Entendió actuaciones que había tenido con Carmen, incomprensibles, en aquel entonces, para él. Hablaban como antes, acerca del maestro, ese ser al que se aferraba cada vez más, le daba vida y gozaba de su entrega. Hacía mucho que había desaparecido su angustia por las reflexiones, devaneos y miedos, acerca del destino de su hija.

Cada vez permanecía más tiempo al lado del maestro, le gustaba estar cerca de él. Los días se juntaban con las noches sin volver a su hogar, quería permanecer todo el tiempo que le fuera posible a su lado y si, como esta noche, el maestro se encontraba fuera —salía con bastante frecuencia a otras ciudades— se marchaba a estar con Teresa, a seguir elogiándola:

-Nunca podré agradecerte lo que has hecho por mí –le dijo aquella noche.

-Yo sólo te mostré el camino, Carlos, has sido tú. En poco tiempo has alcanzado lo que muchos no conseguirán en su vida. El Gran Maestro te aprecia y te valora.

Tú me ayudaste a salir de la imprenta. Allí estaba mal. Me desconectó con el resto, me hizo aislarme y hasta tuve dudas, me atormenté durante mucho tiempo. Perdí el sueño y tuve miedo de hacer una locura. Afortunadamente y gracias a ti –le dijo acariciándole el cabello que caía por su espalda- aprendí a valorar y a retener lo que había conseguido y la satisfacción de ser uno de los elegidos me emociona y hace que tanta dicha me enloquezca.

-No me contestes si no quieres a la pregunta que te voy a hacer, sé que es improcedente pero necesito saberla –le dijo Teresa con los ojos llorosos- ¿Has vuelto a estar en la Cúpula Sagrada?

-Sí, Teresa, y varias veces. Muchas veces. La fusión con el maestro es indescriptible, tú lo sabes. Cada vez que entro en aquella estancia el cielo invade el recinto, el reloj se detiene y el dolor mundano desaparece. Es la locura más perfecta, es el amor en el más amplio sentido de la palabra. Deseo con todas mis fuerzas no defraudarlo y estar siempre a su lado.

-Carlos, me conmueves a la vez que te envidio. Desde que estás con él ha dejado de solicitar mi compañía. Apenas requiere mi presencia. Pero sé que es

la voluntad del maestro y debo respetarla. Lo siento le dijo- debo irme, tengo que hacer turno de noche en la sala infantil.

Teresa huyó de su lado. No podía soportar seguir alabando al que le había usurpado su puesto. Desde el primer día notó el impacto que produjo en el Maestro. Y como lo conocía bien —había sido hasta ahora su favorita— sabía que no tardaría en convertir a Carlos en su brazo derecho, en su hombre de confianza. Se comunicaba directamente con él. Hacía meses que iba y venía a sus anchas por el edificio. Desplegaba una serenidad y una rigidez digna de un jefe. Y no tardó mucho en que todos le valoraban; esperando y respetando sus órdenes. Utilizaba el lenguaje del maestro.

Aquella tarde —como era frecuente— el Gran Maestro solicitó la presencia de un niño y fue Carlos el encargado de recogerlo. Cuando entró en la sala, dos pequeños comenzaban una disputa, los separó con fuerza se los llevó al cuarto contiguo a azotarlos, no sin antes recitar las palabras de la biblia, como lo hubiera hecho el Gran Maestro. *El que retiene la vara, a su hijo aborrece; el que lo ama, desde temprano lo disciplina.*

Fue él mismo quién empuñó la vara. El sonido retumbó en el recinto, cada uno de los interminables golpes abría aún más los ojos de los otros pequeños que aguantaban sin quejas el sonido del martirio. Sabían que si alguno rechistaba sería también azotado.

Teresa sintió rabia al ver la cara de admiración de su compañero cuando vio salir a Carlos del cuarto con los dos niños. Irradiaban, los tres, serenidad, como si nada hubiera pasado.

Señaló con el dedo a un niño al azar y se lo llevó con él a la Cúpula Sagrada.

El Gran Maestro aquella tarde quiso que Carlos —por primera vez— contemplara la escena. Se sentía orgulloso de su rápido aprendizaje. Los meses a su lado le habían dado libertad, nunca antes había viajado con tanta frecuencia. Sabía que Carlos podía hacer perfectamente su trabajo. Había encontrado en él el sustituto perfecto. Viendo que estaba preparado para todo y habiéndose ganado su plena confianza decidió que asistiera a las grabaciones con los menores para ir introduciéndole en ese campo.

Cuando acabó de mirar las tomas que le hicieron al niño —pues sería la próxima vez cuando le permitirían participar en las grabaciones— lo devolvió a la Sala Infantil. Allí se encontró con Teresa que terminaba su turno y entonces le comunicó que pasaría la noche en la Cúpula Sagrada. Ella le odio por volver a arrebatarse al Gran Maestro. Teresa no contestó. Fueron sus ojos los que le insultaron.

Esperó a que se alejara y entonces corrió por atajos para adelantarse. Teresa conocía bien los trucos y triquiñuelas de la Cúpula Sagrada. Sabía del doble ta-

bique. Abrió la puerta camuflada que había detrás del espejo de la pared de la derecha y se metió, cerrándola tras ella. Anduvo unos metros por el estrecho pasillo, iluminado por una pequeña luz. Se encaminó hacia ella —que no era más que un pequeño agujero que conocía bien— se paró, se sentó en el taburete y miró a través de él. Teresa estaba escondida detrás del cuadro de los Ángeles de Rafael. Sí, también, esos angelitos de cara ingenua e infantil eran utilizados. La mirada del querubín que se encontraba en el plano más bajo, con los brazos cruzados no era la suya, no, así no la pintó Rafael. Cambiaba de mirada, de ojos y de color. Uno de los ojos pertenecía a la persona que dejara el maestro contemplar la escena. Estaba preparada para el disfrute de los elegidos. Y en la Cúpula Sagrada ese cuadro —en el centro del espejo de la pared de la derecha— lograba relajar y gustar a todos; sobre todo a los niños.

Teresa con sus ojos —formando parte del ángel— abiertos y desencajados empezó a contemplar el ritual.

No pudo soportarlo. Le venían las palabras del maestro al comunicarle su intención de incorporar a Carlos a las tareas de “purificación de vírgenes”. Salió sin ser vista, pues el único acceso era por la Cúpula Sagrada. La fogosidad del momento, la entrega desenfrenada de la pareja le hizo pasar inadvertida aunque un instante, segundos, tuvo la sensación —que luego descartó— que la mirada de Carlos, a través del espejo, se cruzó con la suya.

Y la noche trajo un frío helador que congeló – aún más si cabe- su corazón.

Y pasó otra noche, y otra y otra...

De nuevo, Carlos, una vez más, dejó al maestro que le empapara de luz, de amor y de sabiduría. La luz de su interior se reflejó en su mirada. El Gran Maestro le miró mientras Carlos yacía en la cama.

-Carlos, estás preparado. Muchas son las jóvenes deseosas de entrar en esta Cúpula. Pero tendrían que esperar mucho, más de lo previsto para disfrutar de su gran día. Tu preparación me ha retrasado, demasiado, las “limpiezas de jóvenes”. Pero ha merecido la pena. Estoy muy orgulloso de ti. Y por eso compartirás conmigo, desde hoy, la divina tarea de “Purificar Vírgenes” -Carlos asintió con un suave movimiento de cabeza.

La decisión no se hizo esperar, con un gesto de la mano entró una niña, con una túnica blanca de la que inmediatamente fue despojada. Tenía trece años, y la misma expresión de inocencia que los querubines del cuadro dónde esta vez los ojos del angelito, eran fríos de cristal, pertenecían a una cámara de grabación.

Era bella, inocente con una piel tersa, blanca y suave. Carlos no recordaba haber tocado nada igual.

La mano del maestro guiaba la de Carlos hasta que uno de sus ayudantes se acercó y con voz sigilosa le dijo algo al oído.

-¡Continúa tú! -le dijo el Gran Maestro a Carlos, muy bajo para que nadie se enterara- ¡Tienes que sustituirme! ¡Eres capaz! Tengo que salir urgentemente. A la vuelta te contaré todo.

Lo besó apasionadamente y antes de partir cogió las manos de Carlos, las besó y las colocó en los pechos de la muchacha.

Carlos, deslizó sus manos hasta su cintura y muy despacio la condujo hasta la cama, la tapó con la manta azul repleta de estrellas doradas y se tumbó a su lado. Acarició su cabello rubio, largo y sedoso y esperó a que el sueño se enamorara de su ternura. Y entonces, sólo entonces, y únicamente al sueño le cedió su sitio y con mucho cuidado se levantó y abandonó la sala.

A la mañana siguiente el firmamento acompañó a Carlos. La luz del sol brilló para él y la fuerza de los astros decidieron que había llegado el momento. Era el único, la única persona que sabía que el Maestro se había marchado y no volvería hasta la noche. Por primera vez no tenía esa sensación de asco, que, desde hacía meses, se había alojado en su estómago. Hoy

era su día; hoy luciría la mejor de sus sonrisas sectarias; calcaría el gesto del maestro; hoy, por última vez lo bordaría.

Llevaba mucho tiempo demostrando su honradez y una vez ganada confianza, fuerza y prestigio se dirigió —como tantas otras veces— a sacar a un niño de la sala, diciendo —como siempre— que lo reclamaba el maestro. Nunca elegía pero aquella vez, con aplomo dijo que el Gran Maestro quería a la niña de la peca y debía llevársela inmediatamente. Carlos no se movió, disimuló como si no supiera a quién se refería y dejó que fuera el cuidador quien se la trajera. Y en esa minúscula espera, y en ese preciso momento, supo que la llamaría Jara.

Jara, Jara, Jara, se repetía dejando vibrar esas cuatro letras en el interior de su alma. Era el nombre que Carmen hubiera querido para su hija. Jara, ese sería su nombre y ningún otro. Se la entregó y la tomó en sus brazos. No la miró. Pudo controlar su cara, su sonrisa, pero fue necesario que apartara los ojos para que el cuidador no viera los destellos luminosos que salían de ellos, ni notara el vello erizado como puntas de estrellas.

Cada vez que Carlos había pegado la cara al cristal para ver a su hija; cada vez que al pasar por allí la miraba, sentía un dolor lacerante. El dolor de la muerte. Aquel que se siente cuando uno se vuelve a

mirar a un ser querido presintiendo que va a ser la última vez. Un dolor, un vacío..., como el que deja una ola al rizarse, el mismo hueco de un pozo o la oquedad de una tumba.

Luchó para derrotar a ese vacío, a ese vacío que tanto le dolía y le paralizaba haciéndole sentir que en cualquier momento iba a desvanecerse. Y era su hijo, era Ismael, quién le vencía. Su recuerdo fue el que se encargó de varearlo, ahuecándolo, para poder volver a ocuparlo con todo su yo.

Carlos prometió a su hija que sus ojos, de un gris indefinido, verían por sí mismos; le mostraría el mundo y dejaría que ella escogiera. El conocimiento le daría libertad y no escatimaría medios para ofrecérselo. Haría de ella una gran mujer como lo fue Carmen. Por ella seguiría acatando órdenes con signos de humildad, se doblegaría ante el Gran Maestro, aprendería a huir a tiempo y a esquivar momentos para frenar sus deseos de embestirle. Su aspecto exterior sería de sumisión. Nadie notaría crispación, ira, bochorno, odios, venganza, ni desesperación. A su hija le debía el freno de esos instintos y el tinte de serenidad.

En cada entrega, en cada sumisión, en cada vejación, cada vez que el maestro le poseía deseaba morir y sólo por sus hijos —por la muerte de Ismael y por la vida de Jara—, sólo por ellos, abrazó apasionadamente, con la funda del deseo, la repugnancia y se dejó envolver por esas carnes enfermizas y repulsivas

que violaban a niños. No podía cambiar nada de lo sucedido pero en cada acto de entrega, de sumisión, de dolor y de asco se acordaba de su pasado, de Ismael, de Carmen, de Javier, de sus padres. Lo hacía por ellos. Y fue la niña, la de la Cúpula Sagrada, la de los ojos azules, cuando al clavarle su mirada vio reflejada a su hija. Fueron esos ojos azules —por los que se hubiera quitado la vida antes de hacerles daño— los que le hicieron decir “ahora”.

Carlos seguía, con paso firme, subiendo escaleras, cruzando corredores, esta vez, marcado por el ritmo de su propio “mantra”; la música de su pulso sonaba en las sienes y era coreado por el eco de la felicidad que repetía el nombre de su pequeña.

Ahora pensaba en Javier. Su inteligencia le había salvado. Por su amigo daría estos últimos pasos. Lo tenía que conseguir. Javier, mediante sus pautas y consejos consiguió que nadie notara su cambio, que volvieran a confiar en él.

Todo comenzó aquel día en que los pies de Carlos se volvieron a arrastrar —tras su fracaso de huida—; en que había vuelto su desánimo y como un muñeco de trapo, consiguió llegar a la oficina, con la intención de no volver a la vida. Ya no podía con ella. Aquel día se rindió, se sintió —una vez más— un canalla, otra vez

era el padre “mal nacido” que volvía a abandonar a su otro hijo.

Pero Javier, al verlo, sin pensarlo se levantó; fue hacia él y posó sus manos en los hombros del abatido Carlos, unos hombros encorvados y hundidos, -por llevar encima tanto dolor- que por momentos se iban a descolgar de su cuerpo al no poder soportarlo; la tristeza pesa, la impotencia pesa, la soledad pesa... Ese gesto, ese afecto, el calor de tanta amistad hizo que el silencio que Carlos mantenía se escurriera y arrastrara tras él la primera palabra, después otra y otra y otra. Fueron cayendo ensartadas como los abalorios de un collar.

Carlos no podía imaginar que Javier llevaba tiempo, mucho tiempo, ensayando la escena. Nada fue como lo habían planeado, la única coincidencia; los actores. Allí no hubo interpretación ensayada; el corazón fue el encargado de redactar el nuevo guión. La comedia resultó espléndida y la interpretación magistral.

Aquel día Carlos dejó salir tras el silencio un interminable rosario de sentimientos, humillaciones, odios, rencores hacia el maestro y mucho amor y sentimiento de culpa hacia los suyos.

Tantas fueron las emociones que empaparon el despacho en forma de lluvia; y entre las gotas de una fina llovizna fueron cayeron sus primeros tormentos, después fue un chubasco que acabó en tormenta -larga y huracanada- al cabo de dos horas otra vez

volvió la llovizna y al final amainó.

Javier aquel día vio que quedaba sitio. Así que tomó ese hueco y anotó otro sueño y tejió el sufrimiento y la esperanza de Rosario y José hasta convertirlos en estrategia y su amor en destreza y su valor en empuje.

Javier, desde aquel momento, se convirtió en sus ojos. Le mostró el camino y le dirigió cada una de sus actuaciones. Fue quien le dictó, día a día, las pautas a seguir para conseguir llevar a cabo con éxito su estrategia. Le ayudó a mantener la capacidad de resistencia y el esfuerzo extraordinario que tenía que hacer día a día, para sostener la careta del disimulo. Lo que un día parecía valentía, al día siguiente podía ser renuncia. Fueron una sorpresa los amaneceres de Carlos. De la fortaleza pasaba a la depresión, de la valentía a la cobardía y al abatimiento, tenía grandes recaídas y fueron muchos los momentos, en los que -de no haber sido por Javier-se hubiera rendido ante su continua impotencia.

Ya veía la puerta de salida. Ya estaba cerca. El paso definitivo, tan esperado y tan preparado estaba siendo el más sencillo.

La emoción bloqueaba su respiración que, entrecortada, luchaba por tomar aire. Notaba una fuerte presión que le fruncía el entrecejo e impedía al llanto que brotara. Estaba llegando a la puerta, pocos pasos

le faltaban para poder respirar. Sacó la llave y abrió. Lentamente, sin perder el paso, atravesó el umbral dejando aquel lugar para siempre.

El día era esplendido, lucía un sol de justicia que cerró los ojos de su pequeña. Era la primera vez que el universo la acogía. El sol chocaba en su carita como lo hacía la libertad.

Se encaminaba a llevarla con los suyos, crecería con sus padres y con su amigo Javier, le hablaría de su hermano Ismael y de Carmen y llegaría a entender que él la engendró en el lugar y en el vientre inadecuado.

Se fue alejando sin volver la vista atrás, cada paso que lo alejaba le daba alas, iba notando la ligereza que conseguía al ir arrojando al suelo el peso de la esclavitud, el peso de la sumisión.

Por su hija volvería a tragarse su orgullo y a pasar por las mismas vejaciones. Allí no dejaba nada, ni tan siquiera a Teresa, nunca fue suya, no la culpaba, había nacido allí, no había conocido otro lugar, era la favorita del maestro, y su misión era captar nuevos adeptos. Sus frases eran aprendidas y carecía de sentimientos. Desconocía cuántos hijos había tenido y tampoco le importaba, ni tan siquiera sabía quiénes eran.

Ya divisaba su entorno, pronto llegaría a su calle. Por esas calles había sido feliz, respiraba esencia de Carmen. Se sentía a salvo. Fue cuando se dio cuenta de que la niña que tenía en los brazos era carne de su carne, era suya. La abrazó dulcemente empapándose de su suavidad y dejó de oír el bullicio de la calle para sentir unos latidos rápidos que salían del pequeño pecho de Jara y que se mezclaban con los suyos. Vio la mancha roja destacando en la suavidad de su piel, aquel angioma, como el suyo, como los de su familia, tenía forma de una hermosa mariposa, pero aquella no podía ser tan efímera como lo fue la de Ismael. No permitiría que volviera a volar llevándose un trozo de su alma, por eso, juntó sus labios para ponerlos en el cuello de su hija y sellar, para siempre, el vuelo de aquella mariposa. Fue entonces, al sentir la textura de las alas de la mariposa en su boca, cuando la presión de su frente desapareció para dejar paso a un torrente de lágrimas que danzaron el hermoso baile de la libertad.